

cernían sombrías imágenes; y no parece sino que presintió el cisma que se avecinaba; pues á 19 de Marzo de 1378, dió aún disposiciones para asegurar una pronta y concorde elección de su sucesor (1). De salud siempre endeble, sucumbió la tarde del 27 de Marzo al mal de piedra que desde muchos años antes le había atormentado (2). Gregorio XI fué el último Papa que Francia ha dado á la Iglesia.

(1) Raynald 1378 n. 2; cf. Valois 358.

(2) Cf. Souchon 110, á quien no obstante se le ha pasado el Despacho del *Archivo Gonzaga de Mantua* por mí publicado en el Apéndice n.º 10 (Observación). El monumento sepulcral de Gregorio XI en Sta. Francesca Romana no fué erigido hasta 1584 por el Senado y el pueblo de Roma, en memoria de la restitución de la Sede Apostólica, y un relieve de P. Olivieri representa este suceso.

## CAPÍTULO II

### El cisma y las grandes agitaciones heréticas 1378-1406 (1409)

Por primera vez, desde hacía setenta y cinco años, pudo ahora volver á reunirse en Roma un conclave, del cual dependía decidir, si el predominio que con tanto daño de la Iglesia habían alcanzado los franceses en el gobierno de los negocios eclesiásticos (1) había de prolongarse aún en lo futuro; y eran de esperar violentas luchas, con tanto mayor seguridad, cuanto que no era pequeña la desunión que reinaba en el Colegio Cardenalicio.

De los diez y seis cardenales que se hallaban presentes en Roma, sólo cuatro eran de nacionalidad italiana: los romanos Francisco Tebaldeschi y Jacobo Orsini, el milanés Simón de Brossano y el florentino Pedro Corsini; y estos príncipes de la Iglesia deseaban, naturalmente, que, después de tanto tiempo, ascendiera de nuevo á la silla de San Pedro un Papa de su nación. Frente á esta minoría italiana, estaba la mayoría de doce cardenales extranjeros ó ultramontanos (once franceses y un español), los cuales se dividían, no obstante, en otros dos partidos. Los llamados cardenales lemosines, aspiraban á elegir un Papa lemosín, como los cuatro últimos papas habían sido oriundos de aquella región. De los otros seis cardenales, dos estaban indecisos, y los cuatro res-

(1) Con cuanta frecuencia se haya cumplido la profecía, que el poder de Francia sería para la Iglesia romana una aguda caña que punza la mano del que en ella se apoya (cf. Bulaeus IV, 576; cf. Hartwig I, 44 Anm.; Scheuffgen 51, Anm. 2), se ha mostrado bien por la narración anterior.

tantes formaban la llamada fracción galicana, á cuya cabeza se hallaba el cardenal Roberto de Ginebra (1).

Con esto, ningún partido tenía una superioridad decisiva, y se podía esperar un largo conclave; pero las circunstancias exteriores hicieron que no sucediera así. Las autoridades de la ciudad de Roma habían rogado instantemente á los cardenales, antes de su entrada en el conclave, que eligieran á un romano, ó por lo menos á un italiano; y la aclamación: «¡Queremos un romano, ó por lo menos un italiano!», resonaba por todas partes, cuando los cardenales, en la tarde del 7 de Abril, hicieron su entrada en el conclave dispuesto en el Vaticano (2). De pronto

(1) Siete cardenales, todos franceses, estaban ausentes de Roma; seis de ellos moraban todavía en Aviñón.

(2) Una muy buena exposición de las diversas relaciones acerca de la elección papal de 1378, se halla en Hefele VI, 628—659, 2. edic. 728 ss.; aquí se utiliza también la obra de Gayet, cuyo valor estriba exclusivamente en los documentos impresos en ella como citas, de cuya diplomática fidelidad no hay con todo la mejor garantía. Por la crítica de las fuentes nada ha hecho Gayet. Cf. Lindner en la Hist. Zeitschr. LXIV, 177 y Knöpfler en la Litt. Rundschau 1890 Sp. 207 s.; v. también Bibl. de l'École des Chartes 1890, XLI, 138 s. Aún es menos satisfactoria su exposición de los acaecimientos de la época. También son muy discutibles las explicaciones de Souchon, quien llega, p. 119, á fijar erradamente el principio del Conclave. Tampoco es conveniente su ordenación y uso de las fuentes, por cuanto da el mayor interés precisamente á las narraciones, indudablemente llenas de espíritu de partido, que se hicieron cuando ya amenazaba ó se había producido la mala inteligencia entre Urbano VI y sus cardenales. También Bess confiesa en la Theol. Litt.-Zeitung 1891, p. 284 de Schürer, que Souchon se ha dejado guiar demasiado por las fuentes de origen francés. Cf. además Schats en las Mitteil. a. d. Benedikt.-Orden 1891, p. 179 s. Al contrario, conservan aún su importancia los trabajos de Lindner en la Hist. Zeitschr. XXVIII, 101—127 y Gesch. des deutschen Reiches I, 72—81, y principalmente el artículo de Valois en la Rev. des questions hist. 1890. Que la narración de Valois acierta en lo esencial, lo nota también Jahr, Wahl Urbans VI, 18. Contra Souchon, que tiene por de ningún valor las cartas escritas á raíz de la elección, «porque entonces no se había opuesto á la elección ninguna seria dificultad», observa Jahr justamente: «No puede negarse que dichas narraciones carecen de especial importancia para la historia de la elección, pues nadie podía sospechar los acaecimientos que después iban á desenvolverse, por lo cual se prescindió de una exacta descripción de los hechos y se tuvo por suficiente la observación de que el Papa había sido elegido unánime y libremente y universalmente reconocido. Pero precisamente por esto son tales relatos muy importantes para la cuestión de la *validez de la elección*.» También en otros puntos se vuelve Jahr con acierto contra las opiniones de Souchon (35 s. 46 s. 48 s.). Bess participa de la opinión de Jahr, que concuerda en lo esencial con la que yo defendí ya en 1891; cf. Zeitschr. f. Kirchengesch. XIV, 267.

había penetrado en el conclave y en el palacio mismo, una muchedumbre de personas que no tenía derecho á ello, las cuales gritaban que se eligiera un Papa romano ó italiano, causando grandes daños en las provisiones de boca y el ajuar del palacio; y no costó poco trabajo arrojar de allí á aquellos intrusos. El custodio mayor del conclave, Guillermo de la Voulte, obispo de Marsella, refiere que no pudo conseguirlo hasta después de tres horas; las demás entradas al lugar de la elección habíanse ya tapiado de antemano, y la única puerta todavía abierta, en la cual había como de costumbre, un pequeño ventanillo, fué entonces cerrada por el nombrado obispo, y atrancada con dos grandes vigas (1). «Una hora después que nos habían encerrado—refiere el conclavista del cardenal de Luna, en una carta escrita tres días después de la elección,—se produjo fuera gran ruido de la muchedumbre del pueblo, y el alboroto crecía más y más, hasta el punto de que los cardenales apenas podían entenderse unos á otros (2). Todavía, se presentaron, entrada la noche los presidentes de los trece distritos de la ciudad, en el ventanillo de la entrada al conclave, y rogaron instantemente se les diera la seguridad de que sería elegido un Papa nacional, para poder con ella sosegar los ánimos excitados del pueblo; pero los cardenales no se dejaron mover á ninguna promesa, sino dijeron sólo que obrarían según su conciencia para gloria de la Iglesia romana (3).

Todavía durante la noche, las excitadas turbas manifestaron, con la viveza propia de la gente meridional, sus deseos de obtener un Papa romano ó italiano; pero la libertad de los electores no estuvo en manera alguna cohibida, y uno de los vigilantes que permanecieron toda la noche en el conclave, atestigua expresamente, no haber presenciado ningún acto indebido, que pudiera causar disgusto á los cardenales (4).

(1) Depositio D. Guillelmi de la Volta apud Gayet, I. P. J. 40; cf. ibid. 46 la Depositio episc. Tudertini.

(2) L. c. 148. Acerca del conclavista y su autoridad, cf. Valois 417 hasta 418 y Knöpfler en la Passauer theol. Monatsschrift 1891, p. 103.

(3) Cf. Valois 369. 384—385, donde se hallan las pruebas. Cf. también Jahr 56 s.

(4) La declaración jurada de Nardus apotecarius civis romanus, qui fuit bandarensis hic in urbe tempore quo fuit electus D. Urbanus P. VI., apud Gayet, I. P. J. 10.

Á la mañana del siguiente día (8 de Abril), se comenzó por celebrar en la capilla una misa del Espíritu Santo, y luego tomaron los cardenales el desayuno, después del cual se restituyeron á la capilla, para proceder á la elección. Fuera del palacio reinaba de nuevo un grande alboroto, llegando á decir algunos narradores, que las campanas de San Pedro tocaban á rebato (1). La situación era crítica, y los cardenales tenían que darse prisa (2); y como ni el partido italiano, ni cada uno de los dos franceses, eran bastante robustos para hacer triunfar á su candidato, convinieron todos en un prelado que no pertenecía á ninguno de los partidos, ni siquiera al Sacro Colegio; y que, por diferentes razones, pareció la persona más apropiada para regir la Iglesia en época de dificultades tan extraordinarias; á saber, *Bartolomé Prignano*, arzobispo de Bari; el cual era uno de los más dignos y capaces entre los prelados italianos, muy versado también en las relaciones y negocios de la Curia, y muy bien conocido de todos los cardenales. Nacido en Nápoles, era súbdito de la reina Juana, emparentada con la Casa real de Francia, cuya protección parecía sumamente deseable en las presentes circunstancias; y también había vivido Prignano en Aviñón bastante tiempo para familiarizarse en las costumbres francesas. Este varón, á quien parecían enlazar vínculos igualmente fuertes con Italia y con Francia, se cree haber sido ya puesto en candidatura por cierto número de cardenales lemosines, aun antes del conclave, cuando no podía pensarse ni remotamente en una grave presión del pueblo romano (3); y ahora fué elevado de hecho á la suprema dignidad por la mayoría de los electores (4). Así pues, no puede afirmarse seriamente, que los cardenales obraran al elegirle, bajo la presión de un peligro de muerte, y por consiguiente, faltos de libertad. Un custodio del conclave refiere que los electores estaban enteramente tranquilos y alegres, y que se abrazaron

(1) Gayet, I. P. J. 40.

(2) La aceleración de la elección fué sin duda alguna efecto del alboroto de los romanos, pero no por eso careció el acto de libertad.

(3) Cf. Jahr, Wahl Urbans VI, 42 s. 47 s.; Valois 376 y La France I, 29.

(4) De la falta de unanimidad de los ultramontanos nada se dice en la *Declaratio* de los cardenales, á pesar de lo cual es un hecho histórico y por cierto de gran peso para la justa apreciación de la elección. Lindner loc. cit., y Hefele VI, 712 s., sostienen este hecho con tanta firmeza como Valois 371 y Jahr 35 ss.

después de terminada la elección (1); creían sin duda alguna, haber atendido del mejor modo posible á sus particulares intereses eligiendo al italiano semi-francés Prignano, del cual esperaban por ventura, que volvería la Santa Sede á Aviñón. No puede dudarse, atendida la composición del Colegio cardenalicio, que algunas consideraciones de este género fueron las propiamente determinantes; y, por lo que hace á la gritería del pueblo, no pudo tener una decisiva influencia, ya que por entonces *no pedían* los alborotadores *un Papa italiano, sino un Papa romano* (2); y los electores, al prescindir de estos injustificados é impertinentes deseos, dieron la más elocuente prueba de que habían obrado libremente; pues, si la elección se hubiera hecho para satisfacer á los romanos tumultuantes, habríase elevado indudablemente á un hijo de la Ciudad eterna y miembro del Colegio cardenalicio; mas no á un prelado semi-francés, á quien se tuvo que comenzar por hacer venir al conclave, y cuyo consentimiento hubo de esperarse. Tampoco hubieran tenido los cardenales, en el mencionado caso, otro deseo más urgente que comunicar á la muchedumbre el nombre del nuevo Papa, para satisfacer así sus imperiosas exigencias (3); pero ninguna de esas cosas tuvo lugar: todas las formalidades de una elección regular se cumplieron puntualmente, y para esto mandaron los cardenales en primer lugar, en busca de Prignano y de otros cinco prelados. En el tiempo que tardaron en venir, os electores tomaron su comida (4), lo cual no es tampoco un argumento de que sus señorías estuvieran en peligro de muerte.

Luego que el elegido llegó al palacio, los cardenales se dirigieron de nuevo á la capilla, para publicar la elección que ya se había realizado. Así lo refiere expresamente el arriba mencionado conclavista del cardenal Luna, en su carta escrita tres días después de la elección. «Luego, continúa este enteramente desapasionado y fidedigno narrador, se fué haciendo más recia la gritería del pueblo, excitado y verdaderamente poseído del demonio,

(1) Nardus apud Gayet, I. P. J. 10.

(2) Cf. la relación de los guardias del Conclave, en Gayet, I. P. J. 41 s. y 47 s.

(3) Valois 393.

(4) Relación del familiar del cardenal Luna, de 11 Abril 1378. Gayet, I. P. J. 149.

que clamaba: «¡Queremos un romano!». Y con estos clamores penetraron hombres armados, con las espadas desnudas, hasta la capilla. En este momento fué, cuando la libertad y la vida misma de los cardenales se vieron en peligro; sólo que entonces — *el Papa estaba ya elegido*.

Lo demás que sucedió, no fueron ya actos libres, sino efectos del miedo de los cardenales amenazados de muerte; entonces, finalmente, conocieron el peligro que podían temer de parte del pueblo, á quien no satisfacía un Papa que no era romano y sólo á medias italiano. Llenos de congoja no se atrevieron á comunicar á los furibundos intrusos el nombre de Prignano; y, para apaciguar á la irritada multitud, designaron como Papa al anciano cardenal Tebaldeschi (1). «Aun nosotros—refiere el conclavista del cardenal Luna — aclamamos al nombrado cardenal como realmente elegido, y por más que él se resistía, le pusimos sobre el altar, vestido con el manto pontificio; y allí le detuvo casi dos horas el pueblo que había penetrado. Los clamores del anciano cardenal: «el Papa no soy yo, es otro», no obtuvieron por de pronto atención (2); y los cardenales aprovecharon para huir la terrible confusión que reinaba en el palacio. Algunos se dirigieron al castillo de Sant-Angelo, otros á sus habitaciones; cuatro abandonaron á Roma para buscar en los alrededores un seguro refugio; pero en la misma tarde se esparció por la ciudad, cada vez con más certidumbre, el rumor de la elección de Prignano (3).

Á la mañana del siguiente día, 9 de Abril, algunos empleados de la ciudad acudieron al cardenal de Luna con la noticia: que el pueblo reconocía la grave falta que había cometido, y sabía que Prignano y no Tebaldeschi había sido elegido Papa; que el mismo Tebaldeschi lo había dicho y confirmado; «y como el realmente elegido se hallaba en el Vaticano con el mencionado cardenal—prosigue el conclavista del cardenal Luna,—rogaron aquellos señores, que tuviera á bien salir y obligar á los otros cardenales que andaban ocultos en el castillo de Sant-

(1) Toda esta escena de terror y la posterior fuga de los cardenales queda inexplicable si se supone una elección verificada sin libertad. Pues ¿qué tenían que temer los cardenales, si habían hecho la elección conforme á la voluntad impuesta por el pueblo romano?

(2) Gayet l. c. 149; cf. 42 ss. y 50 ss.

(3) V. Valois 401 ss., donde están las pruebas.

Angelo y en otros sitios, á que llevaran á término lo que con Prignano habían comenzado; y así se hizo en efecto. Al caer de la tarde se reunieron todos los cardenales, á excepción de los cuatro que habían huído de la ciudad (por consiguiente, en total doce, ó sea una mayoría de dos tercios), en el palacio apostólico, y entronizaron solemnemente al elegido; y como no se le pudo conducir á San Pedro, por estorbarlo la enorme muchedumbre del pueblo, se le llevó al día siguiente (10 de Abril) á dicha iglesia, donde celebró una misa rezada. El elegido tomó el nombre de **Urbano VI**, y en el mismo día regresaron también los cuatro cardenales huídos para prestarle, como Papa, su reverencia. Fué coronado el domingo de Pascua ó el lunes siguiente; «y como es de temer que lo que he dicho se refiera de diferente manera en diversos lugares, y que muchos lo interpreten en mal sentido, quería yo comunicarlo por sus puntos á vuestra merced, como quien me hallé presente en persona á la mayor parte de los acontecimientos que he referido. Escrito en Roma á 11 de Abril de 1378.» Hasta aquí el familiar del cardenal Luna, á su amigo que vivía en Aviñón (1).

Dos fueron, pues, los motivos que influyeron principalmente en la elección de Urbano VI; la desunión de los cardenales, y el deseo, con impetuosidad demostrado por los romanos, de un Papa nacional (2). La presión de parte de los romanos aceleró la elección; pero no fué propiamente determinante de ella; y de esto dió el cardenal Roberto de Ginebra, después antipapa, claro testimonio en una carta del 14 de Abril de 1378, en la cual, no influido aún por las pretensiones posteriores y miras de partido, daba cuenta al emperador Carlos IV de los benévolos sentimientos del

(1) Gayet, I. P. J. 150. Los actos de los cardenales á 9 de Abril son de gran importancia, pues entonces no estaban ciertamente bajo el influjo de un temor de muerte. El haber los cardenales que estaban enteramente seguros en el castillo de Santángelo, enviado su aquiescencia por escrito para la entronización, y haber finalmente ido en persona al Vaticano, demuestra que obraban libremente; cf. Valois 403 ss.

(2) Que la falta de unidad entre los cardenales franceses fué una causa principal de la elección de Prignano, dijéronlo claramente varios de ellos al obispo Nicolao de Viterbo, el cual refiere, «Ego tunc ivi ad dom. card. S. Angeli, qui breviter respondit mihi, quod Barenis erat electus proter eorum et Lemovicensium miseriam et discordiam.» Semejantemente se expresó el cardenal d'Aigrefeuille. Relación del obispo Nicolao de Viterbo de 1 Nov. 1379. Arm. LIV. n. 17 f. 74<sup>b</sup>-75<sup>b</sup> *Archivo secreto Pontificio*.

nuevo Papa, indicando al mismo tiempo el curso ordenado que había tenido la elección; ésta había sido unánime y, por respeto á los romanos, se había realizado con tal celeridad, que el conclave no había durado propiamente más que una noche; de alguna circunstancia que limitara la libertad de los electores, no se dice ni una palabra en aquel importantísimo documento (1). La mencionada desunión de los cardenales fué causa de que no se elevara de nuevo un francés á la Silla de San Pedro; y por efecto de ella habíase naturalmente seguido la elección de un Papa italiano y se había satisfecho en parte al deseo de los romanos; aunque no se le satisfizo enteramente, pues los cardenales no eligieron á un romano, sino á un italiano y por añadidura semi-francés. Por tanto, la libertad y, consiguientemente, la validez de la elección de Urbano VI queda claramente evidenciada (2).

A esto correspondió la conducta del Sacro Colegio, cual se manifestó en una serie de importantes actos oficiales; asistiendo

(1) Véase en el Apéndice n.º 14 el texto de este importante escrito conservado en el Cod. Vat. 4924 de la *Biblioteca Vaticana*, el cual no había sido publicado hasta ahora.

(2) Ya los más célebres juristas de aquella época, como Juan de Lignano (cf. acerca de este famoso canonista F. Bosdari, *Giov. da Legnano. Bologna* 1901). Baldo de Perugia y Bartolomé de Saliceto se declararon en extensos dictámenes por la validez de la elección de Urbano VI; cf. Hefele VI, 645. 652 y Savigny VI, 232 s. 268. Como complemento de los datos de Savigny, noto que el *Consilium pro Urbano VI*, de Bartolomé de Saliceto, se halla también en el Cod. Vatic. 5608 f. 119--131. Sobre las numerosas actas relativas al Cisma, de los archivos y bibliotecas romanos, se da algunas noticias en el Apéndice n.º 14. En el mismo sentido se han expresado en nuestra época los principales investigadores católicos (Hefele VI, 653 ss.; Papencordt 441; Hergenröther II, 18; Heinrich, *Dogm. II*, 418 y otros), y también varios protestantes (como Leo II, 647; Hinschius I, 271; Siebeking 14 Anm. 3; Lindner loc. cit. 126; Gregorovius VI<sup>3</sup>, 478, y Erler, *Niem* 47), por la indudable validez de la elección de Urbano VI. También Simonsfeld dice en su *Analekten*, p. 4, que hoy no queda ya ninguna duda acerca de la completa validez canónica de la elección de Urbano VI. Mas de aquí se deduce que los sucesores de Urbano VI, Bonifacio IX, Inocencio VII y Gregorio XII fueron los únicos papas legítimos. Souchon está enteramente aislado con su diferente opinión sobre la elección de Urbano VI, y contra él se ha declarado también Bachmann en la *Deutschen Litt-Ztg.* 1889, p. 1649; y recientemente, en particular Jahr, quien llega á la conclusión: Que sobre la perfecta validez de la elección de Urbano VI no queda ninguna duda (p. 87). Cf. también Knöpfler en la *Passauer theol. Monatschrift* 1891, p. 115. 201; Wenck en *Gött. Gel. Anz.* 1898, p. 238; Ehrle en *Stimmen aus Maria-Laach* LII, 451; Bröcking en *Mittel.* aus der hist. Litt. XX, 257; Bess en la *Hist. Zeitschr.* LXXX, 526 y Salembier 50.

todos los cardenales al Pontífice en las solemnidades religiosas de la Semana santa, y recibiendo el Jueves santo la comunión de manos del mismo Papa (1). El domingo de Pascua (18 de Abril) tuvo lugar la coronación del nuevo Pontífice, á la que siguió inmediatamente la solemne toma de posesión de la basilica Lateranense, que es la propia iglesia episcopal de los papas; y en esta solemnidad tomaron parte *todos los cardenales que se hallaron presentes en Roma*, con lo cual reconocieron de nuevo á Urbano VI como verdadero Papa (2). «Hubo entonces — refiere Dietrich de Nieheim — muchos barones y otros grandes, que se hallaron en Roma por muchos días, los cuales juntos y separados, pública y privadamente, prestaron sus homenajes á Urbano VI como legítimo Pontífice. Por lo demás, no había á la sazón entre los cardenales, ni entre las otras personas, ninguna duda ni desfavorable murmuración, sobre que no fuera Urbano verdadero Papa, ó que hubiera sido elegido por efecto de la coacción ó, por otra cualquiera causa, menos canónicamente; al contrario, los mismos cardenales declararon entonces á una, de palabra y por escrito, pública y privadamente, á todos los que con ellos hablaban de Urbano, que éste había sido elegido canónica y unánimemente. Ésta es la verdad, que realmente no puede ser negada.» Hasta aquí Nieheim (3).

Cuán lejos estuvieran entonces los cardenales de impugnar la elección, lo muestra también el hecho de que asaltaron á Urbano VI con pretensiones y memoriales, procurando ganarse su favor por medio de preciosos regalos (4), y tomando parte con el

(1) *Episc. Tudertini Depositio* apud Gayet, I. P. J. 58 s. Cf. también Valois 410 s.

(2) V. Gayet, I. P. J. 58 sq. 105. «Postea vidi ipsum coronari cum procesione solemniter et ire ad S. Ioannem et redire cum toto populo indifferenter cum omnibus cardinalibus, archiepiscopis, episcopis, etc.» Relación del obispo Nicolao de Viterbo, loc. cit. del Archivo secreto Pontificio. Los actos posteriores y enteramente libres de los cardenales tienen particular peso para probar, y por esto el cardenal Pedro Corsini se esforzó más adelante en hacerlos aparecer insignificantes; cf. su *Tractatus iuris et facti super schisma et initium schismatis in ecclesia Romana tempore Urbani VI, anno 1378*. Cod. 40. D. 4 de la *Biblioteca Corsini de Roma*. Otra copia he visto en el Cod. 264. NB. 3. T. II. f. 96 sqq. de la *Biblioteca de Ferrara*.

(3) Theod. de Niem, ed. Erler 16; cf. también Erler, *Niem* 47 y Steinhertz 600.

(4) *Episc. Tudertini Depositio* l. c. Otros testimonios de importancia en Valois 411.